

Acabamos de escuchar algunas de las palabras más citadas de la Biblia: *"¿Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quién cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna"* (Jn. 3: 16).

Jesús le dirige estas palabras a un hombre llamado Nicodemo. Aprendemos del tercer capítulo del Evangelio de San Juan que Nicodemo era un fariseo y un miembro del Sanedrín, el cuerpo gobernante religioso, que regía las prácticas religiosas judías en la época de Jesús. Nicodemo era alguien que era fiel a la práctica religiosa judía de ese tiempo; decía sus oraciones, iba al servicio en la sinagoga cada Sábado, y vivía su vida guiada por los Diez Mandamientos, del mismo modo que nosotros tratamos de hacer.

Nicodemo había oído hablar de Jesús, de lo que había estado diciendo, y de las señales que había estado haciendo. El tenía curiosidad de encontrarse con Él. Pero, él estaba indeciso de seguir a Jesús. Y así, como nos cuenta San Juan, Nicodemo organizó una reunión privada con Jesús durante la noche, en secreto. Para San Juan la noche y la oscuridad son el dominio del pecado, el mal y la muerte, así como la falta de fe, o de no tenerla. Jesús, como se nos presenta en el Evangelio de Juan, se proclama a sí mismo como la "Luz del mundo" (Juan 9:5). Nicodemo tiene muchas preguntas. El estaba buscando por una "señal" de Jesús, de alguna prueba de que validaría de poner su fe en Jesús, no muy diferente de muchas personas de hoy en día.

Jesús le dice a Nicodemo que para conocerlo verdaderamente él debe "nacer de nuevo". Nicodemo entiende esto literalmente, en el nivel de que tiene que nacer físicamente de nuevo, entonces se burla de la palabra de Jesús. Jesús le explica pacientemente a Nicodemo que "nacer de nuevo", como el lo exige no es una cuestión de volver a entrar físicamente al vientre de su madre. Sino que "nacer de nuevo" significa la elección de totalmente reorientar el propósito y dirección de su propia vida, poniendo fe y confianza en la persona de Jesús, y vivir el resto de la vida en una relación con él. Jesús mismo es el "signo" de lo que significa vivir una vida de "nacer de nuevo"— el infinito amor de Dios se hace humano, un amor tan profundo y tan completo que sería completamente volcado en la cruz para el perdón de los pecados del mundo, como en una forma similar fue la imagen de la serpiente montada en el poste—el signo físico del pecado de Israel en el desierto, y que se convirtió en un signo y medio de curación y de salvación, de modo que las serpientes venenosas que causaron muerte, o de cualquiera que mire al Dios crucificado —en Jesús en la cruz podrá experimentar el perdón de los pecados, y una completa reconciliación con Dios, esto será

"nacer de nuevo". Tal es la riqueza de la misericordia ofrecida a nosotros por Dios y de la que San Pablo nos habla hoy.

La historia del Evangelio no nos cuenta lo que Nicodemo lo hizo después de su primer encuentro con Jesús. Sin embargo, Nicodemo hace su aparición de nuevo en el Evangelio de San Juan; en el Viernes Santo en el Calvario bajo la cruz. Ahora Nicodemo toma conciencia del "signo" que vió con sus ojos, ve plenamente que **"¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo único."**(Juan 3:16), un amor en que Jesús habla en la cruz: **"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"** (Lucas 23:34), perdona no sólo a los romanos que físicamente lo crucificaron, pero también a los líderes judíos que promulgaron por su muerte. También dijo: **"En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso"** (Lucas 23: 43), a un criminal convicto que en la desesperación de su castigo por sus pecados, se convirtió en los últimos minutos de su vida a Jesús, y recibido la plenitud del perdón divino. **"Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu"** (Lucas 23: 46), son las últimas palabras de Jesús, de un hombre que experimenta la sensación de abandono por parte de Dios a quién le había dado su vida, sin embargo, en medio de su propia oscuridad y desesperación levanta y da su confianza y fe en Dios de que ultimamente no sería abandonarlo.

Juan nos relata que después de la muerte de Jesús, Nicodemo junto con José de Arimatea, María, la madre de Jesús, y las otras mujeres, fueron los que prepararon el cuerpo de Jesús para el entierro, y lo pusieron en la tumba. La tradición dice que Nicodemo entendió el "signo", se convirtió en un creyente, y "nació de nuevo", y que finalmente fue martirizado por ser seguidor de Jesús, cerca del final del primer siglo.

Hoy somos como Nicodemo. Hoy día el Evangelista nos hace recordar que el "signo" es Jesús elevado en la cruz: que es Jesús quién murió y resucitó por nuestra salvación. Hoy en día, se nos invita a una relación con Jesús, ¡a "nacer de nuevo"! A partir de esta experiencia, en lo personal y en la comunidad de la Iglesia, fluye una nueva forma de pensar y de actuar: nos presentamos perdonados, hemos sido hechos de nuevo. "Renacer" en Jesús, somos ahora "signos"—signos de la presencia y de la continua gracia de Dios en el mundo para todos aquellos que se encuentran en la oscuridad.

Este amor es el verdadero secreto de la alegría cristiana a la que se nos invita hoy en este **Domingo Laetare** (*regocijarse*).

Padre Jim Secora